

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Josep-Enric Parellada, monje de Montserrat
8 de julio de 2018
Mc 6, 1-6

Estimados hermanos y hermanas,

El texto que acabamos de escuchar nos ha narrado el encuentro y la confrontación de Jesús, que era ya un hombre adulto, con la gente de su pueblo de Nazaret, que lo habían conocido desde pequeño. Para ellos era el carpintero. Además Jesús tenía muchos parientes entre los vecinos de aquel lugar. El evangelista san Marcos incluso da los nombres: Santiago, José, Judas, Simón,...

Su llegada a Nazaret, después de un tiempo fuera de su pueblo, provoca una gran expectación, ya que iba precedida de la fama que le habían dado sus primeros milagros hechos en Galilea. Su estancia y sobre todo su predicación en la sinagoga, plantea a sus compatriotas unos interrogantes muy serios sobre su persona, sobre su mensaje y sobre su misión.

La gente de Nazaret que ven lo que dice y lo que hace, se dan cuenta que a través de él Dios está obrando algo diferente. El drama, sin embargo, es que no les cuadra "este don de sabiduría y estos milagros que realizan sus manos" y el hecho de que sea uno de ellos. Por ello se preguntan: "¿De dónde saca todo esto?".

Adentrándonos en la reflexión de este relato, nos damos cuenta que se nos plantean un par de cuestiones: ¿por qué actúan así la gente de Nazaret? ¿Cómo actuaríamos nosotros? o mejor dicho, ¿cómo reaccionamos cuando alguien de nuestro entorno nos sorprende por su fe o por su generosidad?

Una primera causa de esta reacción podría ser el sentimiento que todos llevamos dentro, también los compatriotas de Jesús, según el cual nosotros ya sabemos arreglarnos y no hace falta que venga nadie a enseñarnos nada, sobre todo cuando la actuación o la palabra de los otros nos empujan o ponen en evidencia que necesitamos cambiar o corregir nuestras maneras de hacer y de ver.

Una segunda razón del rechazo de los nazarenos hacia la persona y el mensaje de Jesús, es el hecho de tener las personas muy clasificadas y tener muy claro que de según quien, seguro que no puedo aprender nada nuevo y quizás ni siquiera nada bueno. A Jesús lo conocían perfectamente bien, sabían quién era, de qué familia provenía. Por lo tanto es impensable que haya podido hacer un cambio. Ni la evidencia de los hechos prodigiosos que realiza dan credibilidad a su persona y en su palabra.

En este punto de la reflexión necesitamos afirmar la urgencia de hacer gestos de confianza hacia todos, ya que en todo hombre y en toda persona hay mucho más que las simples apariencias. También necesitamos hacerlo con Dios. Sus silencios nos molestan, pero también nos molestan sus manifestaciones, ya que habitualmente se presenta de manera inesperada y con formas que no tienen nada de sobrenatural o como nos gustaría que fueran.

¿Por qué razón nos molestan las manifestaciones de Dios? El hecho de que un profeta sea un hombre extraordinario o carismático no nos extraña. Pero el hecho de que la profecía, el profeta se den en la cotidianidad, en alguien no tiene ningún tipo de

cultura o título, nos parece imposible. En Nazaret piensan: el Mesías no puede venir a este mundo con las manos de un carpintero, con los mismos problemas que todos tenemos, por tanto no puede venir de Dios. Pero el Espíritu se hace presente precisamente en lo cotidiano, haciendo de la vida misma, con todas sus circunstancias y situaciones una liturgia, es decir, un espacio y un tiempo para celebrar el don de Dios, que se encarna en la cotidianidad de la vida.

La reacción de Jesús ante el rechazo de sus conciudadanos resulta también paradójica, ya que no responde ni con recriminaciones ni tampoco con condenas. Como nos ha remarcado el evangelista San Marcos, quedó sorprendido de la reacción que habían tenido frente a su persona. El rechazo, sin embargo, no lo bloqueó; todo lo contrario, ya que a pesar de que no pudo hacer ningún milagro continuó curando aunque fueran pocos. Y le sorprendía que no quisieran creer. Podríamos decir que el Dios que ha sido rechazado se hace aún salvación, ya que su amor y su acción no se guían por los rencores o por lo que se le ha hecho sino por la decisión de dar siempre señales de vida en torno suyo.

Hermanos y hermanas, como conclusión de esta reflexión deberíamos estimularnos y estar atentos para valorar a los que tenemos a nuestro lado, intentando fijarnos en sus virtudes y cualidades, no sólo en las apariencias ni en los prejuicios, ya que como nos recuerda el Romano Pontífice no necesitamos ir muy lejos para encontrar a los santos o las santas sino que los podemos encontrar muy cerca de nosotros, si afinamos la mirada y el oído según el corazón de Dios.